

# Re-cartografiando senderos pragmáticos para una caminata bioética

Yuri Carvajal

## 1. Introducción

Una bioética articulada sobre una propuesta principialista ordinal: autonomía, no maleficencia, justicia y beneficencia, requeridos de ser entendidos como principios *prima facie*, no da cuenta de la riqueza y entrelazamiento de problemas que día a día se plantean los colectivos a propósito de la enfermedad, la muerte, la vida. La canonización de la bioética en una trilogía articulada en torno a Aristóteles, Kant, Bentham y Mill y sus correspondientes éticas de las virtudes, de los deberes y utilitaristas, relegan a la bioética a un epifenómeno de la investigación y de la práctica de salud pública. Para los investigadores resulta ser un evaluador externo de la no maleficencia de los diseños, en el mejor de los casos, o la más de las veces, un “bureau” que atrapa los proyectos de investigación en una maraña reglamentaria. Las revisiones de los comités representan para los grupos de investigación una especie de impuesto ético, que arbitrariamente deforma sus protocolos. Ampliar este horizonte y modificar este rol, significa abrirse a los debates políticos, filosóficos y éticos del siglo XX que han abierto nuevos problemas y con ello, nuevas conversaciones en filosofía y ética. Tradiciones que parecían monolíticamente organizadas muestran facetas divergentes, pensadores y propuestas relegadas al olvido, vuelven a cobrar sentido. Sobre todo, aquellas que afirman la vinculación y continuidad de lo humano: ciencia, arte y vida cotidiana.

Que ponen en tela de juicio las polaridades entre la razón y las emociones, que no apelan a un absoluto ni a un trascendente, sea histórico o metafísico. Y que permiten captar las diferencias de manera no antagónica.

Este texto pretende mapear las posibilidades para incorporar nuevos aspectos a la bioética, echando mano a una de esas tradiciones: el pragmatismo, dada la reanimación que esta filosofía vive sobre todo en Norteamérica. En este Folio intentaremos una especie de cartografía, enumerando algunas de sus particularidades. Luego se concentra en dos grandes temas del pensamiento de John Dewey: democracia y público.

## 2. El club metafísico ampliado

Si acaso podemos delimitar con precisión los bordes de algo denominable pragmatismo norteamericano deberíamos, al menos, comprender por tal, a un cuerpo original de pensamiento que emerge con claridad a partir del trabajo del matemático, lógico, epistemólogo, investigador del Guardcoast Service y profesor de Harvard, Charles Sanders Peirce. Y de los debates de esa informal organización que sus propios integrantes llamaron “el club de los metafísicos” desde que en 1872 empezaron a sesionar en Massachusetts. Dos de esos “metafísicos” son considerados sus mayores discípulos: William James y John Dewey, según un criterio ampliamente

usado, aunque excluye a un pensador y jurista de tanta originalidad como el juez William Wendel Holmes o al filósofo George Herbert Mead (1863-1931).

Del mismo modo podríamos definir el actual pragmatismo norteamericano como constituido por la obra intelectual de la trilogía formada por el difunto Richard Rorty, Hilary Putnam y Richard Bernstein. Todos los cuales no han vacilado en reconocerse como pragmatistas y herederos de Dewey. Pero esto excluye a autores de primer orden como Donald Davidson, pasa por alto la reinterpretación que ha realizado Putnam del Wittgenstein tardío como pragmatista (Putnam, 1999), o deja de lado la propia inclusión en la tradición por parte de Paul Feyerabend. Del mismo modo que con los miembros del “club metafísico”, la definición limitada a Rorty, Bernstein y Putnam dista mucho de denominar a un corpus.

### 3. Al Oeste del paraíso

La pregunta acerca de la existencia de un pragmatismo norteamericano como un corpus doctrinal coherente y opuesto a las versiones europeas, aún no ha sido contestada. A la manera pragmática, podríamos responder que lo importante son las consecuencias que tal problema implica.

Nos parece útil para la mejor distinción de algunas particularidades temáticas y de modos de abordaje que, en el extenso campo intelectual abierto tras el giro lingüístico, se aglutinan bajo un índice de refracción que parece particularmente norteamericano. Junto a eso, habría que señalar que la misma expresión “giro lingüístico” admite varias interpretaciones.

Al menos tres aspectos conspiran contra la sustentabilidad a toda prueba de la hipótesis de una contraposición en las orillas del Atlántico. A saber, el profundo conocimiento de dos representantes continentales del giro como Karl Otto-Apel y Jürgen Habermas, de la producción pragmatista originaria, es decir, de los trabajos de Charles Peirce, William James, John Dewey, e incluso de un posterior continuador de su obra, como George Mead.

En cuanto a la condición contemporánea, buena parte de la obra de ambos pensadores europeos ha implicado un diálogo intelectual con dos representantes fundamentales del pragmatismo de la segunda mitad del siglo XX: Hilary Putnam y Richard Rorty. Diálogo ya presente en figuras tan ortodoxas como Theodor Adorno, que alguna vez se refirió al “extraordinario y auténticamente libre Dewey” (citado en Jay, 2009).

El tercer aspecto a considerar es la presencia de otra variante europea de alguna manera vinculada al pragmatismo y al giro lingüístico. Se trata de la “sociología de la traducción”, nacida como una corriente de la sociología de las ciencias, pero con una fuerte impronta filosófica, heredera en cierta forma de las reflexiones de Foucault, un filósofo que abundó en considerandos posgiro, y de Whitehead, un pensador inclasificable.

Bastan estos tres argumentos para negar la existencia de filosofías en ambas orillas continentales y posgiro, con sentidos contrapuestos. Aún así y usando una versión comprensiva más bien débil de esas diferencias, la distinción puede ser útil para comprender énfasis y preocupaciones en el pensamiento contemporáneo posgiro, en ambos territorios intelectuales.

Tomando de Richard Bernstein la expresión “giro pragmático” (Bernstein, 2010), es posible intentar un análisis que combine la idea de dos zonas, con la consideración del propio pragmatismo como una inflexión filosófica, habida cuenta de su vigorosa presencia durante más de un siglo.

Si pudiéramos ordenar algunas de esos índices de refracción diferenciales, señalaríamos:

- Concepción y relevancia de la democracia.
- El enfoque acerca de qué es (lo y un) “público” y, a la vez, los bordes de la distinción entre “privado” y “público”.
- La influencia y valoración del liberalismo.
- El valor de la experiencia religiosa.
- Oposición o unidad del juicio sintético y analítico, y el colapso de la dicotomía hecho y valor.
- El rol de los problemas del saber veraz y la resolución de las cuestiones epistemológicas.
- El juicio sobre el rol y las implicancias de las tecno-ciencias.
- La concepción y diálogo con el arte.
- La primacía de la acción (pragma) y del mundo de la vida (Lebenswelt).

#### 4. Democracia como modo pragmático en John Dewey

Quizás el primer aspecto que destaca en el pragmatismo norteamericano es

su peculiar valorización y concepto de democracia. Actitud que aparece a lo largo de toda la producción y vida intelectual del filósofo John Dewey. La vida de Dewey puede ser considerada plena de obras intelectuales que alientan la vida en democracia. Por ejemplo, su rol en el desarrollo de una educación para la democracia, trayectoria que lo ha hecho muchas veces más reconocido como pedagogo que como filósofo. O su rol en la fundación de la New School for Social Research, en 1919.

Dewey fue, asimismo, el protagonista de ejemplares acciones, desde su contacto con la huelga de ferrocarriles en solidaridad con los trabajadores de la empresa Pullman en 1894 (Menand, 2003), hasta aceptar -a los 67 años- el arduo y a contra corriente trabajo, de presidir las investigaciones de un tribunal independiente para emitir un juicio sobre la veracidad de los “procesos de Moscú”. Acción con la que Dewey se situó en una condición política inconfortable, al examinar y enjuiciar la veracidad de inculpaciones políticas y sentencias emitidas en procesos y condiciones “a la medida”, de lo que hoy consideraríamos un gobierno totalitario. Encaró tal tarea no por simpatía con los perseguidos, a quienes concluyó considerando brillantes “absolutistas”, sino porque tenía la convicción de que era una consecuencia inevitable de su compromiso democrático. Sus conclusiones lapidarias respecto de la formalidad y sentencias de los procesos, no le granjearon simpatías en la izquierda, pues en 1937, en medio de la efervescencia de los frentes populares y la irrupción del nazismo y del fascismo, la dictadura del proletariado concitaba marcada simpatía en buena parte del mundo intelectual. Dewey había visitado la Unión Soviética en 1928 y barruntaba que en ese proceso se comprometía negativamente la suerte

de una democracia radical como la que él proponía.

El valor de la democracia en el pensamiento de Dewey no surge de la identificación del voto universal y la elección de representantes como panacea. Ni tampoco de una particular reverencia por la misma como forma administrativa del Estado. Democracia para Dewey tiene un valor que excede de lejos las cuestiones de gubernamentalidad, situándose en el centro mismo de la existencia. Democracia resulta ser la expresión colectiva de un modo pragmático de abordar la vida: “La democracia, contemplada como una idea, no es una alternativa a otros principios de la vida asociada. Es la idea misma de vida comunitaria” (Dewey, 2004 p. 138).

La democracia no es para Dewey una condición ética basada en un deber humano, sino que expresa la posibilidad de una vida creadora, pues por democracia radical entiende un modo abierto de encarar problemas, de definir sus características y de buscar soluciones. La mayor o menor tecnicidad de las cuestiones en debate, el mayor o menor rol del saber especializado o “experto”, no se contraponen a una democracia así comprendida. Pero se deben buscar formas de comunicar ese saber y esa técnica al ciudadano y de comprometerlo con esa búsqueda. La capacidad de experimentar y reflexionar sobre lo experimentado, no es sólo un medio, sino también un fin. Como buen discípulo de Peirce insiste en la dimensión simbólica de la comunicación humana y pone en ella buena parte del desafío democrático: “Nuestra Babel no es de lenguas, sino de unos signos y símbolos sin los cuales es imposible la experiencia compartida” (Dewey 2004, p.134). Por eso, insiste en la circulación sin barreras de las

ideas, en libertades activas que permitan la constitución de democracia: “una comunidad de acción imbuida y regulada por el interés mutuo en unos significados compartidos-consecuencias que se traducen en ideas y objetos deseados mediante los símbolos” (Dewey, 2004, p. 140).

Tanto en Dewey como en Rorty y Putnam, la incondicional fe democrática no ha implicado obsecuencia ni chauvinismo. Por el contrario, han remarcado las debilidades y ausencias de la democracia norteamericana, pugnando por una versión radical de la misma y la recuperación del espíritu inconformista del primer liberalismo. En ambos aspectos, han destacado la hibridación cultural de su país como un factor positivo y propio, generador de condiciones materiales asociadas a la democracia. De alguna manera, es un pensamiento reflexivamente orgulloso del suelo en el cual se enraíza.

El sitio de la reflexión sobre democracia resulta de primer orden para el pensamiento latinoamericano, pues desde los procesos de la independencia, los temas sociales han sustituido en el debate público, a las interrogantes democráticas. En el caso chileno, bastaría examinar cómo tras la guerra civil de independencia, las propuestas democráticas locales y ciudadanas de reorganización política y cultural fueron violentamente aplastadas en pos de la paz y el crecimiento económico (Salazar, 2005).

#### 4.1 Investigación y democracia

Como continuador del pensamiento de Peirce, practica una comprensión del

mundo muy distante de la metafísica, y se opone a toda forma de esencialismo. Ni comparte la hipertrofiada visión cartesiana de la duda, pidiendo al igual que Peirce, argumentos que la justifiquen. Del mismo modo, destaca el rol de la investigación en la resolución de diferencias y la producción de acuerdos.

Por investigación, Dewey no entiende exclusivamente el trabajo dentro de un laboratorio ni con el apoyo de un dominio instrumental de medición y registro, sino una interrogación creadora, más que develadora, del mundo, guiada por problemas y cuyos resultados deben ayudar a esclarecer esas interrogantes. Preguntas vinculadas con hipótesis definidas y vinculada a un programa de acción. Se trata, sin duda, de la misma lógica que guía la investigación científica, sólo que Dewey la reconoce presente en los actos humanos más cotidianos.

La investigación de laboratorio para Dewey no posee privilegio epistemológico alguno respecto de otros ámbitos, como el arte o la experiencia vital misma, sino apenas las ventajas de un modo de formalismo mayor -hoy diríamos trazabilidad, reproducibilidad, protocolización- y la existencia organizada de una comunidad que se esfuerza por explicitar y compartir esos criterios, dedicando buena parte de sus esfuerzos a tales propósitos. Tampoco los científicos poseen un estatus cognitivo excepcional ni existen radicales oposiciones entre falsos saberes o "ideologías" y saberes ciertos, como la ciencia.

Experimentación "no consiste en aplicar un saber y un hacer a un objeto dado y constituido previamente, sino en concebir y fabricar un objeto de manera que pueda responderse a la pregunta que precede a

su construcción (o que sea abandonada) (Zask en *Présentation a Dewey*, 2005).

## 4.2 Democracia y educación

Este énfasis democrático explica la profusión de reflexiones sobre la educación en Dewey, pues la finalidad de la educación no es otra para él que la democracia. Queriendo con esto decir que el sentido de la educación es formar ciudadanos, personas que puedan construir un público, dotadas de las capacidades para ser parte de estrategias investigativas, preparadas para el examen juicioso de opciones y la apreciación de resultados. El carácter público de la educación resulta entonces tan obvio como el carácter público de la democracia.

## 5. El problema del público

Dewey parte su investigación preguntándose por el público. Convencido de que la asociación es una característica generalizada, el público surge como problema, cuando las transacciones entre personas afectan a otros no directamente implicados: "El público lo componen todos aquellos que se ven afectados por las consecuencias indirectas de las transacciones, hasta el punto en el que resulta necesario ocuparse sistemáticamente de esas consecuencias" (Dewey, 2004). Las formulaciones asociacionistas de Dewey concuerdan casi letra a letra con las de Gabriel Tarde (Tarde, 2004), aunque en un tono que recuerda al heterónimo Albero Caeiro de Fernando Pessoa<sup>1</sup>: "La asociación, en el sentido de conexión y combinación, es una «ley» de todo lo que se conoce

<sup>1</sup> O mistério das coisas? Sei lá o que é mistério! / O único mistério é haver quem pense no mistério.

como existente. Los seres individuales actúan, pero siempre lo hacen juntos. No se ha descubierto nada que pueda actuar de una forma completamente aislada... No tiene sentido preguntar cómo llegan a asociarse los individuos. El hecho es que existen y actúan en asociación. Si hay algún misterio en este hecho, es el misterio de que el universo es como es" (Dewey, 2004, p.69).

Para Dewey "la distinción entre privado y público en modo alguno es equivalente a la distinción entre individual y social, aun suponiendo que esta última tenga un significado preciso" (Dewey, 2004, p.69). Su distancia respecto de la polaridad individuo sociedad, expresiones ambas que consideradas ambiguas e inadecuadas, lo conecta con la propuesta de Bruno Latour de sociologías que no oscilen entre individuo y sociedad o "two level standpoint", sino que busquen la descripción de las asociaciones en que se producen los problemas a estudiar, o como propone llamarlas, "one level standpoint" (Latour et al, en prensa).

A partir de esta noción asociacionista de público, Dewey indaga las formas del Estado, estudiándolo como el colectivo que encara los problemas de un público. El Estado así estudiado tiene una asociación en dos sentidos con el carácter o condición del público. No se trata entonces de un agente superior ni la encarnación de alguna idea o de un poder o una clase. Mucho menos el sentido histórico de alguna razón que trabaja secretamente hozando los subsuelos humanos.

Dewey estudia la forma del Estado moderno y la profunda vinculación entre la creencia en un individuo autónomo, las leyes del mercado como leyes naturales que sustentaba el utilitarismo económico y el voto universal: "El derecho de voto

popular y el gobierno de la mayoría permitían concebir la imagen de unos individuos que, en su soberanía individual libre de atadura, constituían el Estado. Presentaba a defensores y detractores por igual el espectáculo de una serie de asociaciones establecidas pulverizadas en un haz de deseos e intenciones pertenecientes a individuos atómicos. De ese modo, pasaron desapercibidas las fuerzas nacidas de la combinación y la organización institucional que por debajo de la superficie controlaban los actos que derivaban formalmente de los individuos. La esencia del pensamiento corriente es aferrarse a la imagen externa y tomarla por la realidad. Los acostumbrados elogios al espectáculo de los «hombres libres», que acudían a votar para determinar con su voluntad las formas políticas en las que iban a vivir, es una muestra de esta tendencia a considerar lo primero que salta a la vista como si eso fuera la completa realidad de una situación" (Dewey, 2004, p.110).

El resultado es que la forma política generada dista mucho de ser la adecuada para organizar al público: "las nuevas formas de acción combinadas causadas por el régimen económico moderno controlan la política actual, de forma muy similar a como los intereses dinásticos controlaban la de dos siglos antes... En gran medida, el público democrático sigue en un estado rudimentario y desorganizado" (Dewey, 2004).

Dewey se opone a ver en la economía el gran motor de la vida asociativa y denuncia esa propuesta como una forma de absolutismo: "La postura de que la economía es el único factor condicionante de la organización política, y la de que todas las fases y todas las dimensiones de la vida social (incluidas la ciencia, el arte, la educación y todos los medios de comunicación pública) están determinados por el

tipo de economía imperante, es idéntica a ese tipo de vida al que, con toda propiedad, se le ha dado el nombre de «totalitaria» (Dewey, 2004, p. 178).

La ausencia de una instancia determinante de la vida común, la apertura de las formas asociativas, hacen que la democracia sea un método de encarar problemas, para lo cual se requiere disponer de instrumentos, de propósitos explícitos y afirmativos, pero sobre todo de una apertura hacia lo inédito, a la incertidumbre y, por supuesto, la libertad creadora, promoviendo la circulación de las ideas sin limitaciones.

La democracia es justamente una forma de constituir esa comunidad de investigadores en el ámbito de los problemas que nos afectan. O como dice Dewey, construir un público, ser parte de una asociación reflexiva acerca de los problemas que nos comprometen.

La condición del público en el momento en que Dewey reflexionaba era deplorable: “En gran medida el público democrático sigue en un estado rudimentario y desorganizado” (Dewey, 2004, p. 115). Hoy no lo es menos: muchos públicos, poco organizados, con escasa comunicación entre ellos y sin apoyo ni diálogo con los científicos: “El problema de un público organizado democráticamente es primario y esencialmente un problema intelectual en un grado que no tiene paralelo con los asuntos políticos de épocas anteriores” (Dewey, 2004).

## 6. Para el debate bioético

Esta comprensión de la democracia y la necesidad de impulsar la construcción de un público, son aspectos lamentablemente olvidados en los retornos a construcciones

democráticas en nuestros países de fines del siglo XX. En el mismo curso político, las conquistas democráticas se limitaron a elecciones regulares y el debate fue monopolizado por los políticos profesionales. Olvidando que “aquellos polvos trajeron estos lodos”, no tuvimos en consideración las limitaciones de los casi dos siglos de vida republicana, privilegiando solo las instituciones de gobierno, agostando la vida política que, paradójicamente, puso en marcha el ocaso de las dictaduras.

Para nuestra bioética, estas cuestiones tienen marcada urgencia; en primer lugar, por el orden marginal que tiene el debate y la construcción de colectivos democráticos en la práctica cotidiana de la salud pública. Marcados muchas veces por consideraciones dogmáticas o, lisa y llanamente, biopolíticas, las opiniones y derechos de las minorías, de los disidentes, han sido aplastadas bajo el argumento de la salud o la vida como bien superior.

Recordemos al respecto y a modo de ejemplo, la refractariedad de las autoridades frente a las cifras que llamaban a la serenidad respecto de la pandemia de influenza en el año 2008. Casi dos años demoró la Organización Mundial de la Salud en evaluar su conducta y aceptar que había desoído las voces críticas y que había aplicado un excesivo misterio en materias como la identidad de los miembros del comité de expertos *ad-hoc*, algunos asociados a la industria farmacéutica y biotecnológica (WHO, 2011).

Pero tan importante como eso, debemos considerar que las mayorías son siempre evanescentes y en proceso de recomposición permanente. Las minorías son parte del proceso de investigación y sus posturas reflejan sanas dudas, visiones

alternativas, que deben ser convocadas en la constitución de un público.

El debate en el seno de estas democracias limitadas, de problemas en los cuales una barrera comprensiva parece separar mundos opuestos, como aborto o eutanasia, no pueden ser resueltos si consideramos que democracia es simplemente una regla de votación mayoritaria. Un público puede ser construido si las diferencias son abordadas con lógicas colectivas de investigación, que permitan explorar y contrastar hipótesis alternativas. En bioética como en política, estos problemas tienen un trasfondo común: "La necesidad esencial, en otras palabras, es la mejora de los métodos y condiciones de debate, discusión y persuasión. Este es el problema del público" (Dewey, 2004, p. 169).

Finalmente, las reflexiones pragmáticas sobre educación tienen que ver, por un lado, con interrogarnos por el tipo de salubrista que estamos formando, a través de los programas que consideran bioética en su malla, en pre y posgrado. En esos cursos ¿cuáles son los métodos de abordaje de los problemas que proponemos y qué competencias nos proponemos desarrollar en los graduados? La formación basada en dogmas, la repetición de fórmulas, los límites a la creatividad, los énfasis individualistas y competitivos, las barreras a la circulación de las ideas, conspiran contra las necesidades de salubristas que han de intentar ser agentes de la constitución de un público. Por otra parte, con la capacidad diseminada a lo largo de todas las personas, de argumentar y realizar investigaciones. Hábitos que deben ser estimulados por una educación para la democracia, que valore y profundice el debate plural de las cuestiones éticas,

ciudadanos avisados, creativos, abiertos y curiosos.

## 7. Vinos viejos en odres nuevos

*"Los Estados Unidos son ciertamente la patria de Pierpont Morgan y de Henry Ford, pero son también la patria de Ralph Waldo Emerson, de William James y de Walt Whitman. La nación que ha producido los más grandes capitanes del industrialismo, ha producido los más fuertes maestros del idealismo continental. Y hoy la misma actitud que agita a la vanguardia de América Española mueve a la vanguardia de América del Norte. Los problemas de la nueva generación hispanoamericana son, con variación de lugar y de matriz, los mismos problemas de la nueva generación norteamericana."*

José Carlos Mariátegui, *Mundial*, 8 de mayo de 1925, citado en Ruiz, 2007.

Además de explicitar estos aspectos definitorios, una recepción requiere explorar y aquilatar los temas, variaciones y resonancias de los intelectuales locales que previamente trabajaron las ideas pragmáticas.

En efecto, a mediados del siglo XX, John Dewey fue un influyente pensador para la educación chilena, por supuesto no exento de opositores. Roberto Munizaga quizás destaque como uno de los más interesantes receptores, en su libro *John Dewey Filósofo de América* (1960). Otros materiales que hemos logrado identificar como huellas de esa presencia son: *Pedagogía norte-americana*: John Dewey, de Laura Quijada Carrasco (1926), *El sistema pedagógico de John Dewey ante*

las exigencias de la doctrina católica, tesis doctoral de Alberto Hurtado (1935), Algunas ideas educacionales de John Dewey, tesis de Enzo Mella (194?), John Dewey "su pensamiento educacional y su presencia en los movimientos innovadores del liceo chileno", de Juan Espinoza Gálvez (1958), La filosofía pedagógica de John Dewey y sus consecuencias pedagógicas, de Clotilde Vivanco (1963) y La concepción de la democracia en el pensamiento de John Dewey, de Eugenio García (1967).

Como luces hacia el campo disciplinar de la bioética, hemos encontrado en la biblioteca de nuestra Escuela de Salud Pública, los siguientes libros del filósofo norteamericano: Democracia y Educación, How we Think, La educación de hoy, La escuela de mañana y La ciencia de la educación. Según los registros disponibles, esos textos fueron adquiridos en los años 50 y leídos hasta, al menos, el año 70. La mayoría de ellos proviene de los debates sobre educación y tienen como traductor al exiliado español Lorenzo Luzuriaga, director por esos años, de la colección de educación en la editorial argentina Losada.

Tómese esto como señas a rastrear de la recepción de Dewey y, además, suponer que algo semejante puede haber ocurrido con Charles Sanders Peirce en la semiología y lingüística chilena de los años sesenta. El libro de la gramatología de Jacques Derrida, menciona a Peirce ya en una versión mexicana de 1971. En el campo de la salud pública debemos reconocer el esfuerzo del filósofo argentino Juan Samaja por incorporar a Peirce en la reflexión metodológica, especialmente sus propuestas respecto del uso de la abducción (Samaja, 1996a, 1996b).

Respecto de la obra de William James,

cabe suponer otro tanto. A través de Luis Oyarzún tenemos noticias de que en 1908 Enrique Molina daba en la Universidad de Chile una conferencia sobre pragmatismo y la obra de William James. Su Principios de Psicología, traducido por la editorial Glem de Buenos Aires, en 1945, no puede haber pasado desapercibida para los intelectuales de la época. Si quizás no hubo una psicología pragmática, al menos los psicoanalistas no pueden haber desconocido el encuentro de James con Freud y Jung en 1909 con motivo del viaje juntos a Estados Unidos, ni los elogiosos comentarios de este último sobre James: "I spent two delightful evenings with James alone and I was tremendously impressed by the clearness of his mind and the complete absence of intellectual prejudices" (Jung, 1949).

Lo decimos porque señales de la presencia del pragmatismo a nivel continental existen. En el artículo de (Nubiola, 2001), se menciona la presencia de Dewey en el mundo mexicano vía las traducciones publicadas por Fondo de Cultura Económica, de José Gaos, Samuel Ramos y Eugenio Imaz de La experiencia y la naturaleza, en 1948; El arte como experiencia, en 1949; Lógica. Teoría de la investigación, en 1950, y La búsqueda de la certeza, en 1952. Estos textos dan cuenta de un horizonte principalmente filosófico de difusión de su obra. Pero deben considerarse las connotaciones políticas de sus viajes de 1927 y de 1937, al igual que la influencia propiamente pedagógica sobre Moisés Sáenz (Nubiola, 2001) y sus relaciones con Diego Rivera.

En Brasil, la obra de Dewey parece haber sido marcada por la discusión pedagógica, destacando Anísio Teixeira y posiblemente Paulo Freire, como sus receptores.

A partir de lo anterior, el desafío de una

actual recepción afronta, al menos, cuatro problemas:

- Pareciera tratarse -entonces- de una segunda o, quizás, tercera recepción que debe considerar como uno de sus desafíos, dar cuenta de lo sucedido en los episodios previos.
- A ese considerando, hay que agregar la necesidad de considerar las variantes interpretativas que toman incluso las obras del pragmatismo original, en las lecturas de los pensadores actuales.
- Una recepción pragmática contemporánea debiera, además, dar cuenta de algunos de los productos agrupables bajo el apelativo de "posestructuralismo". Cualquier reflexión debe dialogar, al menos, con los problemas desplegados por los trabajos de Michel Foucault, Jacques Derrida, Hanna Arendt. Todos los cuales, mal que bien, tienen la influencia de Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger.
- Finalmente, la revisión del mapa de recepción actual latinoamericano debiera considerarse. Mencionemos al menos la vigorosa actividad que

Fernando Zalamea realiza con el trabajo de grafos existenciales de Peirce (Zalamea, 2003, 2008, 2010), los trabajos de Nestor Kohan en Brasil sobre Dewey y la animada revisión argentina de Peirce (cuatro jornadas sobre Pierce y el llamado para una quinta en agosto de este año), Schiller, Pappini, Dewey (Vitale, 2002; Di Bernardino, 2006; Di Gregori y Hebrard, 2009).

La crisis de la filosofía analítica, que dominó el trabajo filosófico norteamericano de posguerra aparece como un trasfondo explicativo para esta recepción actual en el norte. Desde el sur, podemos encontrar en la crisis de las transferencias filosóficas europeas, una oportunidad para re-examinar el pragmatismo. El cruel azote del bipolarismo político de los 60-70, sus implicancias intelectuales sobre el decurso del debate ético nacional en estas décadas y la persistencia más que prolongada de un trasfondo dogmático y fundamentalista, pudiera encontrar una especie de pharmakón en una perspectiva que enfatiza diferencias y pluralidades pragmáticamente justificables, en vez de contradicciones irreductibles, metafísicas o económicamente determinadas.

## Referencias

- Bernstein R. *The pragmatic turn. Polity, Massachusetts*; 2010.
- Dewey J. *El público y sus problemas. Madrid:Ediciones Morata S.L.*; 2004.
- Dewey J. *Le public et ses problèmes. Paris :Gallimard*; 2005.
- Di Berardino, M. A. *Máxima pragmática y abducción. II Jornadas \Peirce en Argentina*; 2006. Citado el 15 de marzo de 2010. Disponible en <http://www.unav.es/gep/II-PeirceArgentinaDiBerardino.html>
- Di Gregori MC, Hebrard A., editors. *Peirce, Schiller, Dewey y Rorty Usos y revisiones del pragmatismo clásico. Buenos Aires: Ediciones del Signo*; 2009.
- Jay M. *Cantos de Experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal. Buenos Aires: Paidós*; 2009.
- Jung C. Carta de 23 de julio 1949 de Carl Jung a Virginia Payne, 1949. Citado el 23 de marzo 2012. <http://www.des.emory.edu/mfp/jamesjung.html>.
- Latour B, Jensen P, Venturini T, Grauwin S, Boullier D. (en prensa). *The whole is always smaller than its parts. British Journal of Sociology*.
- Menand L. *El club de los metafísicos. Buenos Aires: Ediciones Destino*; 2003.
- Nubiola J, Sierra B. *La recepción de Dewey en España y Latinoamérica. Utopía y Praxis Latinoamericana*. 2001; 6(13):107-119.
- Putnam, H. *El pragmatismo. Un debate abierto. Barcelona: Gedisa*; 1999.
- Salazar G. *Construcción de Estado en Chile (1800-1837). Santiago: Editorial Sudamericana*; 2005.
- Samaja J. *Epistemología y Metodología. Buenos Aires: Eudeba*; 1996a.
- Samaja J. *¡La bolsa o la especie!, Revista Científica de la Facultad de Bellas Artes, Universidad de La Plata, 1996b; 1(1):21-35.*
- Tarde G. *Monadología y sociología. Buenos Aires: Cactus*; 2006.
- Vitale, A. *El estudio de los signos. Peirce y Saussure. Buenos Aires: Eudeba*; 2010.
- World Health Organization. *Report of the review committee on the functioning of the international health regulations (2005) in relation to pandemic (H1N1) 2009, Technical report, WHO*; 2011.
- Zalamea F. *Peirce's logic of continuity: existential graphs and noncantorian continuum. The review of modern logic, 2003; 9(1&2):115-162.*
- Zalamea F. *Faneroscopía, Filosofía natural y literatura. "La Esfinge" en Peirce, Emerson, Poe y Melville. III Encuentro Peirce en Argentina*; 2008.
- Zalamea F. *Los gráficos existenciales peirceanos. Sistemas de lógicas diagramáticas del continuo: horosis, tránsitos, reflejos, fondos. Facultad de Ciencias. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia*; 2010.
- Zevallos AR. *Historia y verdad en Mariátegui. A parte Rei, (51), 2007. Citado 19 marzo 2012. Disponible en <http://serbal.pntic.mec.es/cmuno11/zevallos51.pdf>.*